

UNIDAD III

EL FIN Y LA FELICIDAD



Conoce el por qué de su existencia y podrá soportar casi cualquier cómo.

Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona 1989, p. 81.

PRESENTACIÓN

Estas palabras, que paradójicamente provienen del filósofo nihilista F. Nietzsche, las hace suyas el fundador de la logoterapia, el psiquiatra austríaco Victor Frankl cuando relata sus experiencias como prisionero en un campo de concentración nazi, experiencias como hombre y como psicólogo. Testimonia cómo el sentido de la existencia humana es el poderoso motor para tener al hombre en pie en situaciones límites.

Y aún sin llegar a tales situaciones, el sentido de la existencia humana es lo que subyace a toda acción, a todo acto humano.

Por eso, tras haber presentado los fundamentos que sostienen a una *Ética* realista, pasamos a considerar ahora el *fin* que da sentido a nuestros actos y al orden de dichos actos. El fin, en cualquier orden que sea considerado, es “aquello en vistas de lo cual algo se hace” y, por ende, lo que le da la razón de ser. Así la pregunta por el fin *último* de la existencia humana no puede ser relegada. ¡Debe estar al comienzo del tratado del orden moral!

No obstante, muchos tratados actuales de *Ética* ignoran el problema. Quizás esto se explica porque el tema del fin conlleva una toma de posición con respecto a la trascendencia, dado que todos tenemos la experiencia de un deseo de felicidad total que parece no poder ser satisfecho sino más allá de este mundo...

Introducimos así, en esta unidad, la noción de finalidad; la peculiaridad del obrar por un fin en el hombre y la necesidad de la existencia de un fin último tras todos los fines intermedios.

Ese fin último consiste, sostiene Aristóteles, en la obtención de la *felicidad*. Analizaremos entonces el concepto de felicidad en los dos ordenes: natural y sobrenatural ya que el primero no alcanza para dar la respuesta absolutamente última a la existencia humana. Seguimos en este análisis el fino discernimiento que realiza Santo Tomás de Aquino considerando, en primer término, en qué *objeto* puede el hombre hallar semejante felicidad y, en segundo lugar, qué *operación* lo pone en posesión del bien que le da la felicidad.

OBJETIVOS

- a) Constatar la existencia de finalidad en todo acontecimiento natural y humano.
- b) Distinguir la peculiaridad del obrar humano en vistas a un fin.
- c) Comprender la necesidad de la existencia de un fin último.
- d) Reflexionar acerca de la naturaleza de la felicidad como fin último del hombre.
- e) Valorar los alcances y límites de la felicidad natural.
- f) Considerar las dimensiones objetiva y subjetiva de la felicidad sobre natural.

TEMARIO

- 1.- La finalidad.
- 2.- La felicidad.
 - a) La felicidad natural.
 - b) La felicidad sobrenatural o bienaventuranza.

MAPA CONCEPTUAL

TEXTO-APUNTE - FIN ÚLTIMO Y FELICIDAD

“(...) porque nos has hecho para Ti

y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”.⁷⁵

1.- LA FINALIDAD

El orden de la naturaleza, como hemos señalado, puede ser roto por las potencias espirituales del hombre. Por eso se requiere de la moralidad que es un *orden* de la actividad humana. Y éste, como todo orden, está definido por el *fin* al que se orienta.

En el cosmos todo tiene su fin⁷⁶. Y ello explica que sea inteligible. No hay nada gratuito, en el sentido de estar hecho para la nada. Todo lo que acontece en la naturaleza se explica por la existencia de una finalidad y por eso tenemos experiencia de la regularidad de los fenómenos. Y así nos asombra que la araña, sin inteligencia, teja su tela o que la planta, sin inteligencia, tienda hacia la luz sin la cual no podría nutrirse ni desarrollarse. Y también todo hombre que obra lo hace en vistas a algo. De este modo se dice que el fin es universal.

**En el cosmos
todo tiene su
fin**

el fin es aquello en vistas de lo cual algo se hace

Por su causalidad, el agente sale de su indeterminación. Su modo de causar es por atracción, “como el amado atrae al amante”⁷⁷.

El fin es el **bien**. El fin agrega a la noción de bien el aspecto de ser conocido. El bien conocido atrae hacia sí al sujeto. El fin es lo primero en el orden de la intención, en cuanto es el que propulsa a realizar algo, y lo último en la ejecución ya que es el término efectivo de una acción.

**El fin es el
bien**

Tiene un sentido **perfectivo**. En griego fin, telos, y perfección, teleion, tienen la misma raíz.

Fin **no es sinónimo de útil**. Lo útil es lo que sirve para algo; lo que es un medio para otra cosa. Se opone a lo libre: aquello que tiene un fin en sí mismo y por lo tanto no sirve a nada más como instrumento. Ejemplo de una actitud humana que tiene un fin pero no una utilidad es el amar a alguien buscando su bien.

El tender y el obrar **por un fin en el hombre suponen conocimiento** ya que en los actos humanos interviene la razón. El hombre obra por un fin moviéndose a sí mismo (aunque esto no significa que con su acción inventa o produce su fin).

**El hombre
obra por un fin
moviéndose a
sí mismo**

En efecto, en todo movimiento hacia un fin se distinguen el movimiento mismo y el orden de dicho movimiento, pudiendo darse tres alternativas de combinación:

- a) En primer lugar, que los dos principios sean exteriores al que actúa y por ende el modo de actuar resulte violento.

⁷⁵ San Agustín, *Confesiones*, I, c.1, n.1. op. cit., p. 73.

⁷⁶ Cfr. Aristóteles, *Física*, I,II, c.2, 194a 25. “Pero la naturaleza es fin y causa final; en efecto, de aquellas cosas de las que el movimiento es continuo y hay un fin de su movimiento, este fin es no sólo (el) último término sino también la causa final”. Trad. de Boeri, M., Biblos, Buenos Aires 1993, p. 79. Boeri señala, sin embargo, que esto no significa que la naturaleza deba entenderse de manera antropomórfica (p. 39).

⁷⁷ Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, I,VI, c.7, 1072b3: “(El fin último) mueve como cosa amada...”. Trad. del griego de Zucchi, H., op. cit., p. 504.

b) En segundo término que el principio de movimiento sea interior y el orden exterior, dándose así un modo meramente ejecutivo.

c) O, por último, que ambos principios sean interiores al sujeto y esto se da en el animal y en el hombre. Pero sólo este último tiene un modo perfecto de obrar por un fin gracias al uso de sus facultades espirituales⁷⁸.

*“Débese considerar que algo tiende a un fin en su acción o movimiento de dos modos: como quien se mueve a sí mismo hacia el fin, como el hombre; o bien movido por otro, a la manera que la flecha se dirige a determinado blanco lanzada por el flechero, que es quien la endereza al fin. De modo que los seres dotados de razón se mueven a sí mismos al fin, porque tienen el dominio de sus actos mediante el libre albedrío, facultad de voluntad y razón; mientras que los carentes de razón tienden al fin por natural propensión como movidos por otro y no por sí mismos, no conociendo la razón de fin”.*⁷⁹

**El fin le marca
la moralidad al
acto**

Y si consideramos que todo acto se especifica por su objeto (es decir, recibe del objeto su esencia o modo de ser propio que lo distingue de los demás) y que el fin es un objeto moral (ya que en él entra en juego el conocimiento), debemos concluir que el **fin le marca la moralidad al acto**. Por eso es importante considerar que la intención (que se especifica por el fin al que tiende) y el acto mismo realizado (que se refiere al fin en cuanto realizado) son fuentes claves para conocer la bondad o maldad de un acto. Así lo consideraremos al tratar las fuentes de la moralidad.

En este obrar humano se produce una **cadena de fines** ya que los fines próximos de los actos se presentan, a su vez, como medios con respecto a otro ulterior. Pero no es posible ir al infinito en esta serie de fines⁸⁰:

*“En los fines hay que reconocer un doble orden, de intención y de ejecución; y en uno y otro tiene que haber algo que sea primero: porque lo que es primero en el orden de la intención es como el principio que mueve al apetito, de modo que, suprimido ese principio, el apetito no sería movido. Y lo que es principio en la ejecución es por donde empieza la operación; de suerte que, suprimido el tal principio, nadie comenzaría a obrar algo. Pero el principio de intención es el último fin; y el principio de ejecución es lo primero de cuanto al fin se dirige. Así que por ninguno de esos dos lados, es posible proceder al infinito; ya que si no hubiese un fin último nada se apetecería, ni acción alguna terminaría, ni reposaría la intención del agente. Y, si no hubiese algo primero entre lo que es al fin, no habría comienzo de acción, ni la decisión se produciría, sino que se prorrogaría al infinito”.*⁸¹

De este modo, si los fines se subordinan de modo esencial⁸² en cuanto finalizantes de un acto, si se saca el primero se suprimen todos. Si no hubiese algo primero en la

⁷⁸ Cfr. Basso, D., *Los fundamentos de la moral*, op. cit., pp. 60-61.

⁷⁹ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.1, a.2. Club de Lectores, Buenos Aires 1944, p. 33.

⁸⁰ Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, I, II, 994b 10-15, op. cit., p. 132: “Además, la causa final es un fin de tal índole que no existe en función de otra cosa, sino que las otras cosas existen en función de él. De modo que si existiera semejante fin supremo no habría progresión infinita, pero si no existiera no habría causa final. Quienes introducen el infinito no advierten que de ese modo eliminan la naturaleza del Bien. En efecto, nadie intentaría llevar a cabo una acción sin la intención de alcanzar un límite. Además, tampoco existiría el intelecto, pues quien tiene intelecto obra siempre en virtud de algo, pero éste es justamente el límite. Pues el fin es un límite”.

⁸¹ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.1, a.4. Ed. cit., pp. 36-37.

⁸² Es decir que se subordinan en su misma causar (no solo en su ser).

intención y algo último en la ejecución, habría que negar la realidad de cada uno de nuestros actos, lo cual es absurdo. Dado que esto no sucede, **debe existir un fin último.**

***Debe existir
un fin último***

Y este ha de ser uno. No pueden darse dos fines realmente últimos (es decir, que sean totales y adecuados, o dicho de otro modo, que no sean partes de la perfección de otro ni se subordinen a otro), del mismo orden (esto es, ambos naturales o ambos sobrenaturales) y del mismo género (o sea, ambos causas finales).

Pero dada la real diferencia entre los planos natural y sobrenatural, sí es posible considerar un fin último en cada uno de ellos.

La existencia de un **fin último natural** es postulada necesaria e intrínsecamente por el hombre cuando obra por un fin, por su misma naturaleza humana. Este fin es naturalmente cognoscible y asequible. Quienes niegan la existencia de este fin, haciendo directa y única referencia al fin último sobrenatural, sostienen que el hombre “por naturaleza” se ordena directamente a éste (y de esta manera la gracia se convierte en algo superfluo, accidental).

En cambio, la existencia de un **fin último sobrenatural** es conocida por la fe en la Revelación de las Sagradas Escrituras⁸³ y de la Tradición oral (y confirmada por el Magisterio de la Iglesia). Algunas posturas “naturalistas” lo niegan ya que entienden a la naturaleza de un modo inmanentista⁸⁴ y totalmente autónomo. Así consideran que el único fin de la existencia humana se halla en el campo del progreso individual o social en esta vida.

2.- LA FELICIDAD

La naturaleza humana no es algo acabado. Es un proceso hacia su bien perfecto, su plenitud. Este bien perfecto es la **felicidad.**

Se observa en las Sagradas Escrituras que casi siempre cuando Dios habla al hombre empieza por hacer una referencia a la misma respondiendo al *deseo de felicidad* que es natural en la creatura⁸⁵.

***La felicidad
radica en la
consecución
del fin último y
perfecto***

La felicidad⁸⁶, lo que los antiguos griegos denominaban *eudaimonía*, radica en la consecución del fin último y perfecto tras lo cual no queda nada por desear o alcanzar. Es:

la obtención estable y perpetua del bien totalmente perfecto, amable por sí mismo, que sacia todas las exigencias de la naturaleza humana y colma todos sus deseos

⁸³ Rom. 5, 21. “... así, lo mismo que el pecado reinó en la muerte, así también reinaría la gracia en virtud de la justicia para vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor”. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 1617.

⁸⁴ Esto significa: sin dar lugar a ningún tipo de trascendencia.

⁸⁵ Cfr. Pinckaers, S., *La quête du bonheur*. Pierre Téqui, Paris 1997 (2da. ed.), pp. 31-32. Así por ej. en Gen. 12 y ss.; Ex. 3,7 y ss. y, por supuesto, en el Sermón de la Montaña en Mateo 5-7.

⁸⁶ Felicidad no es sinónimo de *placer*. Como se ha distinguido al tratar los *Fundamentos antropológicos de la moralidad*, el placer se refiere al reposo en un bien deleitable a nivel sensible mientras que el gozo suele hacer referencia a la satisfacción espiritual por la posesión de un bien. Y ambas formas pueden darse juntas en el hombre. Pero cualquier satisfacción de una necesidad natural es causa de placer y el valor moral del mismo depende del amor que lo engendra y el valor de éste depende, a su vez, de su conformidad o no con la razón. Ni tampoco el gozo, como veremos, es lo mismo que felicidad aunque la acompañe como efecto inseparable.

“Sencillamente, llamamos perfecto lo que siempre se elige por sí mismo y nunca por otra cosa. Tal parece ser, sobre todo, la felicidad, pues la elegimos por ella misma y nunca por otra cosa, mientras que los honores, el placer, la inteligencia y toda virtud, los deseamos en verdad, por sí mismos (puesto que deseáramos todas estas cosas, aunque ninguna ventaja resultara de ellas), pero también las deseamos a causa de la felicidad, pues pensamos que gracias a ellos seremos felices. En cambio, nadie busca la felicidad por estas cosas, ni en general, por ninguna otra. Parece que también ocurre lo mismo con la autarquía, pues el bien perfecto parece ser suficiente”.⁸⁷

¿Somos **libres** de querer o no la felicidad?

El deseo del bien y de la felicidad es natural

No. El deseo del bien y de la felicidad es natural. En este sentido el fin último se nos impone. Pero sí somos libres de aceptarlo o no; de seguir nuestra inclinación encaminada a él o desviarnos; de reemplazarlo por un bien y una felicidad sustitutos (aunque esto representa una ilusión vana).

Aristóteles deduce en su *Ética* que el fin último del hombre debe responder a la *función propia* del hombre⁸⁸, es decir, a su naturaleza específica. Así la felicidad radica en *el mejor acto de la mejor potencia acerca del mejor objeto*: el mejor objeto es la verdad; la mejor potencia: el intelecto y su mejor acto: la contemplación⁸⁹.

Si se considera el concepto general de felicidad que consiste en un bien perfecto, que es lo que satisface plenamente a la voluntad, todo hombre lo desea. Pero con respecto a aquello en que concretamente se da la felicidad, no todos lo conocen y por lo tanto no todos lo desean⁹⁰.

⁸⁷ Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, I.I, c.7, 1097b35-1098a10. Ed. cit., pp. 139-140.

⁸⁸ “En efecto, como en el caso de un flautista, de un escultor y de todo artesano, y en general de los que realizan una función o actividad parece que lo bueno y el bien están en la función, así también ocurre, sin duda en el caso del hombre, si hay alguna función que le es propia.” Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, I.I, c.7 1097b25. Ed. cit., p. 141.

⁸⁹ “Si la felicidad es una actividad de acuerdo con la virtud, es razonable (que sea una actividad) de acuerdo con la virtud más excelsa, y ésta será una actividad de la mejor parte del hombre. Ya sea, pues, el intelecto ya otra cosa lo que, por naturaleza, parece mandar y dirigir y poseer el conocimiento de los objetos nobles y divinos, siendo esto mismo divino o la parte más divina que hay en nosotros, su actividad de acuerdo con la virtud propia será la felicidad perfecta. Y esta actividad es contemplativa, como ya hemos dicho”. Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, I.X, c.7, 1177a10. Ed. cit., p. 395. L. Castellani, S.J., comenta que “el análisis psicológico le (a Aristóteles) demuestra también que todo el motus de la vida consciente del hombre tiende de necesario hacia la Felicidad. Finalmente, el análisis ontológico le muestra que el acuerdo de la conducta con el orden inmutable de las esencias que la razón le descubre al hombre, o sea la Virtud, debe ser necesariamente el camino que lleva al Bien soberano y por ende a la Felicidad Suma, que resulta de su posesión. (...) Pero toda esta deducción parece excesivamente suspendida por sobre la realidad, por no decir en cruel conflicto con ella. El gran empirista que es Aristóteles lo siente vivamente y por eso su voz se hace velada y opaca al llegar a hablar de la conexión de la virtud con la felicidad (*Et. Nic.*, I.I, c.8) y de la felicidad con la contemplación (I.X, c.7). (...) Y cerrando los ojos a la dificultad invencible asienta con fuerza que el hombre es nacido (digan lo que quieran las objeciones y las apariencias) para escalar ese pico, alimentarse de esa nieve y vivir de ese azul; es decir, que la felicidad *tiene que ser* el último fin del hombre; la contemplación *tiene que ser* la felicidad; la virtud *tiene que ser* el camino de la contemplación”. Castellani, L., *Prólogo – La fundamentación de la moral* – al tratado del Fin del hombre de la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino. Club de Lectores, Buenos Aires 1944, t. 5, pp. 13-14.

⁹⁰ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I-II, q.5, a.8: “De otro modo, podemos considerar la beatitud según su noción concreta, respecto a aquello en que la beatitud consiste; y bajo esta consideración no todos conocen la beatitud, porque ignoran a qué cosa puede convenir la razón común de beatitud. En este sentido es verdad que no todos desean la felicidad”. BAC, tomo IV, Madrid 1954, pp. 251-252.

A.- LA FELICIDAD NATURAL

¿En qué consiste la *felicidad natural* correspondiente al fin último natural del hombre? Hay dos caminos que conducen a su respuesta.

a) En primer lugar, por *vía descendente*, se considera la finalidad de la acción creadora de Dios: dado que Dios es el Ser Subsistente infinitamente perfecto y que el fin es lo que mueve al agente, se deduce que el fin de la acción creadora es el mismo Dios (por ser infinitamente perfecto). El fin de toda la creación es la Gloria de Dios, la participación a las creaturas de su Gloria perfecta e infinita⁹¹. Pero existen dos formas de participar de ella:

- La gloria objetiva consiste en mostrar en sí mismo la perfección y bondad de Dios. Toda creatura, en cuanto tal, participa de este modo.
- La gloria formal, propia de los seres racionales, se realiza por medio del conocimiento y el amor: conocer a Dios como Autor y alabarlo por ello.

Así, sin despreciar los bienes finitos, la felicidad natural lleva al máximo conocimiento y amor de Dios que sea posible.

b) En segundo término, por *vía ascendente*, se parte de la consideración de la naturaleza humana para llegar al término del movimiento. Si la naturaleza humana es racional, lo propio del hombre será “una actividad del alma conforme a la razón”⁹² y si el alma humana tiene como operaciones específicas el conocimiento y el amor, la felicidad natural consistirá en la máxima perfección de dicha actividad: conocer el objeto máximamente inteligible y amar lo máximamente amable y bueno. Pero este perfecto conocimiento natural de Dios sólo se puede dar cuando el alma se separe del cuerpo, entonces el alma intuiría directamente a su sustancia espiritual, sin “species”, sin representaciones, y, a través de su naturaleza espiritual como espejo fiel contemplaría a Dios, lo máximamente inteligible. Esta es una forma de conocimiento analógico.

Todo esto supone la inmortalidad del alma y la inmovilidad de la voluntad dado que la inclinación al fin último permanece como hábito estable en el momento de la muerte.

B.- LA FELICIDAD SOBRENATURAL O BIENAVENTURANZA

¿En qué consiste la *felicidad sobrenatural, bienaventuranza o beatitud*? Para responder esto, debemos establecer, ante todo, la diferencia entre la dimensión *objetiva* y la *subjetiva o formal*: la primera se refiere al bien que produce la felicidad mientras que la segunda a la actividad del sujeto que ha de ser feliz⁹³.

a) La **beatitud objetiva**, entonces, se encuentra en el único bien beatificante en

⁹¹ Gloria significa conocimiento con alabanza.

⁹² Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, I.I, c.7, 1098a5. Ed. cit., pp. 141-142.

⁹³ “El término *fin* puede tener dos sentidos. Puede designar la cosa que se desea obtener; y en este sentido se dice que el fin que persigue el avaro es el dinero. Pero también puede significar la adquisición, o la posesión, o en fin el uso y goce de lo que se desea; y en este sentido la posesión del dinero constituye el fin perseguido por el avaro. Estos dos sentidos deben también ser distinguidos en lo que concierne a la bienaventuranza”. Gilson, E., *El tomismo*, op. cit., pp. 493-494.

La felicidad natural lleva al máximo conocimiento y amor de Dios que sea posible

concreto capaz de saciar totalmente, al ser poseído, el deseo humano de felicidad. El bien supremo debe ser perfecto, totalmente saturante, sin mezcla de mal. Santo Tomás de Aquino analiza cada tipo de bien creado para concluir en el Bien Increado.

Entre los bienes finitos, se pueden considerar los exteriores al hombre y los interiores.

- En los primeros, **exteriores**, se distinguen los materiales (las *riquezas*), los espirituales (privados: los *honores* y públicos: la *fama*) y el *poder*, que es una mezcla de ambos. En el segundo grupo, se hallan los bienes corpóreos (la *salud*), los corpóreos-animales (los *placeres*) y los espirituales (la *virtud* y la *sabiduría*).

Con respecto a las **riquezas**: éstas pueden ser naturales (las que se ordenan a satisfacer las necesidades naturales, como la comida o la bebida) o artificiales (como el dinero, que es un medio de cambio). Pero dado que éstas últimas son buscadas por las naturales y éstas, por su parte, se ordenan al hombre, ya que se buscan para sustentar su naturaleza, entonces no pueden ser el último fin. Además no excluyen todos los males; no “llenen por completo el corazón”⁹⁴ del hombre y son muy mudables, pueden perderse fácilmente.

Los **honores** y la **fama**, en segundo término, presuponen pero no constituyen la perfección. El honor se subordina a la excelencia de la persona honrada, que es la causa del mismo. Podría ser consecuencia de la beatitud pero no constituirla. Y la fama o gloria, que muchas veces yerra y es engañosa, es causada, como todo conocimiento humano, por el objeto conocido y por eso no puede ser ella misma la que constituye la beatitud.

El **poder**, por su parte, no es incompatible con el mal mientras que la beatitud es el bien perfecto y propio del hombre; es ambiguo y es instrumental. Además tiene razón de principio y no de fin y, como todos estos bienes exteriores e inferiores al hombre, es inestable.

La **salud**, al igual que la **belleza** y la **fuerza**, es un bien del cuerpo y no puede ser que la conservación del mismo (ni su aspecto ni configuración) sea el sumo bien porque en la unidad de cuerpo y alma, el primero depende y se ordena al segundo. Además el hombre no puede ser el último fin ya que, como toda otra creatura, es una realidad ordenable a otra cosa (así como la conservación de la nave no es el fin último del piloto, dice Santo Tomás, porque ésta se ordena a otro fin, que es navegar). Por eso ningún bien corporal puede ser considerado como el sumo bien.

En lo que concierne al **placer sensible**, por ser corpóreo, es mínimo en comparación con la delectación a la que puede llegar el alma. (Y aún si se consideramos el gozo del alma, aún así, es una consecuencia, una propiedad accidental por la posesión de un bien perfecto pero no constituye la esencia misma de la beatitud). Por otra parte, el placer que acompaña al comer, beber o a la unión sexual, son medios para facilitar las funciones naturales de conservación del ser y de la especie, y el fin último, como señalamos, no puede ser un medio. Ade

⁹⁴ Royo Marín, A., *Teología moral para seglares*. BAC, Madrid 1957, p. 28.

más, no excluye tampoco la presencia de males ni colma plenamente la sed de felicidad ni es imperecedero.

- Finalmente hay que considerar los **bienes del alma**, interiores al hombre. Pero atendiendo a la distinción entre el objeto que se quiere obtener y su uso, logro o posesión (lo que hemos llamado fin último *objetivo* y *subjetivo*), si estamos haciendo referencia al objeto, es imposible que el supremo bien del hombre sea su propia alma, porque esta está en potencia por la virtud o para saber (y la potencia siempre indica imperfección). La **virtud** o la **ciencia** que puede lograrse en esta vida nunca es acabada y pura, puede ser perdida y no excluye radicalmente la presencia de males. Pero, como veremos a continuación, la beatitud subjetiva sí es algo del alma humana.

Concluyendo, ninguno de todos estos bienes es sin mezcla, ni perfecto ni plenamente saturante. Y no vale considerar colectivamente el conjunto de estos bienes finitos: porque poseerlos conjuntamente es imposible y aún si no lo fuese no alcanzaría para satisfacer el deseo de felicidad total del hombre.

Por eso se debe colegir que el único bien verdaderamente beatificante es el **Bien Divino**, Dios, Verdad y Bien Absoluto que no se ordena a otro bien más alto; excluye todo tipo de mal; colma definitivamente todo deseo humano y es eterno:

El único bien
verdaderamente
beatificante
es el Bien
Divino, Dios

*“Debe decirse que es imposible que la beatitud del hombre conste en algún bien creado. La beatitud es un bien perfecto, que del todo aquieta al apetito, y no sería último fin si aun dejase algo deseable. El objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal, como el de la inteligencia es la verdad universal. Esto muestra que nada aquietará la voluntad del hombre si no es el bien universal, que no se halla en cosa creada alguna, mas sólo en Dios; porque toda creatura tiene sólo una bondad participada. Según esto, sólo Dios puede colmar la voluntad del hombre, conforme a aquello del salmo 102 (v.5): Él colma de bienes tu deseo. Por consiguiente sólo en Dios puede consistir la beatitud del hombre”.*⁹⁵

b) Pero dado que la **beatitud** es una perfección propia del hombre y la superior, **subjetiva** o *formalmente* considerada, reside en una operación humana. En efecto, si bien el objeto y la causa de la beatitud es el Bien Increado, como acabamos de notar, sin embargo, la adquisición de ese bien es algo humano, creado.

- Es una **operación** o acto porque dado que la beatitud es la última perfección del hombre, y algo es perfecto en cuanto está en acto, de ahí se sigue que la felicidad suprema debe consistir en un acto, ya que esto le da al hombre su perfección segunda (y no una potencia que implica imperfección).

- Es una operación **espiritual** ya que los actos del cuerpo se subordinan a los del espíritu. Y si es una operación ha de corresponder a *una* de las dos potencias racionales.

- Es un acto de la **inteligencia** porque la voluntad, como apetito, no es lo primero en el hombre: presupone un conocimiento. Además el deseo de un

⁹⁵ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.2, a.8. Club de Lectores, op. cit., p. 60.

bien ausente atrae a la voluntad moviéndola hacia él, pero no es esto poseer algo. Y una vez obtenido un bien, también interviene la voluntad al gozar de él, interviene “consecuentemente” en la beatitud: el amor y el gozo pertenecen al “estado” de la felicidad pero no a su esencia. De manera que la beatitud esencialmente debe radicar en un acto intelectual.

- Es un uso **especulativo** de la inteligencia y no práctico porque éste ordena el conocimiento a la acción. En cambio, la contemplación es la mejor operación, la más deleitable y la más propia del hombre; es buscada por sí misma y además es la que más comunica con lo superior.

- Es un **conocimiento intuitivo de Dios**, esto es, directo, facial, un *ver cara a cara* a Dios. No es conocimiento vulgar, ni científico ni por fe. Es una forma superior y tiene por objeto, y medio por el cual se realiza, a la esencia de Dios. Este acto es la **visión beatífica**.

Para la perfecta beatitud se requiere que el entendimiento alcance la misma esencia de la causa primera

“Si, pues, el entendimiento humano, al conocer la esencia de un objeto creado, no sabe de Dios sino que “existe”, su perfección no se ha elevado aún a alcanzar pura y simplemente la causa primera; le queda el deseo natural de indagar y conocerla, y por consiguiente, aun no es perfectamente dichoso. En conclusión, para la perfecta beatitud se requiere que el entendimiento alcance la misma esencia de la causa primera. De esta suerte logrará su perfección por la unión con Dios, como su objeto, en el cual únicamente está la bienaventuranza del hombre, según ya se dijo”.⁹⁶

- Este conocimiento requiere de una *elevación* de la potencia intelectual por medio del don denominado **luz de la gloria**. En efecto el hombre tiene una aptitud natural para conocer y amar a Dios pero por encima de estas exigencias naturales se da esta posesión perfectísima de Dios. La naturaleza no lleva de por sí al orden sobrenatural, la visión de Dios supera las capacidades y las exigencias de la naturaleza humana, la excede. La esencia divina, por su misma naturaleza, sólo es objeto de conocimiento directo para Dios. En efecto, cuando un objeto es conocido se halla en el sujeto cognoscente según el modo de ser de éste. Por eso, cuando el objeto es ontológicamente superior al sujeto, como es evidentemente el caso de Dios, Ser Subsistente, el hombre se enfrenta a un misterio. Así para conocerlo se requiere dicha elevación. Esta es posible por la inmaterialidad del alma humana, que constituye una semejanza con Dios, y por la omnipotencia divina. ¿En qué consiste esta “luz de la gloria” que eleva al entendimiento humano? Es un perfeccionamiento sobrenatural y permanente del mismo que le permite la intuición de Dios. Es un hábito operativo que suplanta a la luz de la fe que es una forma imperfecta de conocimiento que se da en la vida presente⁹⁷. Sin embargo, es necesario aclarar que aún con esta elevación la visión de los bienaventurados no es *comprehensiva* de Dios, es decir, no puede agotar su esencia infinita, porque el intelecto humano es creado, finito.

⁹⁶ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.3, a.8. BAC, Madrid 1954, Vol. IV, pp. 183-184.

⁹⁷ La expresión *luz*, que utilizan Santo Tomás y San Buenaventura está tomada del Salmo 35, 10: “y en tu luz vemos la luz”. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 745. Para el tema de la luz de la gloria, cfr. Ott, L., *Manual de teología dogmática*. Herder, Barcelona 1986, pp.57-59.

Pero el hombre tiene una aptitud pasiva para ser elevado. Esta aptitud es la **potencia obediencial**, esto es, un punto de partida o receptibilidad para lo sobrenatural. Sólo por la gracia de Dios es posible⁹⁸.

• Finalmente como coronamiento y acompañamiento a este acto, se dan el **gozo** y el **amor**⁹⁹. Este brota del conocimiento como el calor de la llama.

“Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de ti, para ti y por ti: ésta es y no otra”.¹⁰⁰

En esta visión beatífica consiste el Reino de los cielos, Reino manifestado en sus diversos aspectos por las bienaventuranzas.

Y es preciso remarcar aquí que, a diferencia de la felicidad última a la que Aristóteles hace referencia, es el *hombre en su totalidad* el que accede a esta bienaventuranza¹⁰¹.

“(...) en la perfecta beatitud se perfecciona el hombre todo, mas en la parte inferior por redundancia de la superior”.¹⁰²

Esta afirmación da por supuesto que no sólo el alma espiritual, y por ello inmortal, del hombre sobrevive tras la muerte corporal sino que el cuerpo mismo, que constituye también esencialmente al compuesto humano, resucita de manera gloriosa para perdurar para siempre en la unidad del hombre salvado. Sólo se ha de marcar que mientras que la inmortalidad del alma es una verdad de carácter filosófico, la resurrección de los cuerpos es una verdad de fe, un misterio.

Además esta beatitud última debe incluir la *comunión de amistad plena* con las otras personas, realizando de esta manera el aspecto social de la naturaleza humana. Esta comunión se da en la infinitud del Bien absoluto de Dios.

¿Excluye esta felicidad o bienaventuranza suprema las felicidades terrenas?

Así lo explica E. Gilson:

“El fin último no es una negación de nuestros fines humanos, sino que al contrario los recoge sublimándolos, y nuestros fines humanos son, a su vez, como otras tantas imitaciones parciales y sustitutos imperfectos de nuestro último fin. No hay una sola, de entre las cosas que deseamos, cuyo deseo, interpretado y regido por la razón, no pueda recibir una legítima significación”.¹⁰³

⁹⁸ Se debe recordar, una vez más, que lo sobrenatural no destruye sino que eleva a lo natural.

⁹⁹ “La felicidad que Dios determina para sus criaturas más elevadas es la felicidad de estar libre y voluntariamente unidas con Él y entre sí en un éxtasis de amor y de deleite, comparado con el cual el amor más avasallador entre un hombre y una mujer en esta tierra es mera leche aguada”. Lewis, C.S., *Cristianismo y nada más*, op. cit., p. 58.

¹⁰⁰ San Agustín, *Confesiones*, op. cit., l. X, c.22, n.32, p. 420.

¹⁰¹ “...pues siendo natural al alma vivir unida al cuerpo, no es posible que la perfección del alma excluya su perfección natural”. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.4, a.6, ed. cit., p. 211.

¹⁰² Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.3, a.3. Club de Lectores, op. cit., p. 67.

¹⁰³ Gilson, E., *El tomismo*, op. cit., p. 498. También Izquierdo Labeaga, J.A. hace referencia a este inicio de la felicidad en esta tierra: “Ed essersi uomo, secondo il volere di Dio, è per l'uomo grandioso. Perciò l'uomo che cerca e vive sotto la volontà di Dio anticipa su di sé la pace dell'ultimo fine; e già nella storicità diventa felice “ut homo”, in un senso inedito all'espressione aristotélica; e inoltre, se cristiano, con la viva speranza, riposta nella rivelazione del Dio Amore che sarà la nostra felicità”. *La creaturalità dell'uomo*, op. cit., p. 172. (Nuestra trahombre. Por eso el hombre que busca y vive bajo la voluntad de Dios anticipa en sí la paz del último fin; y ya en la historicidad se vuelve feliz “en cuanto hombre”, en un sentido inédito a la expresión aristotélica; y además, si es cristiano, con la viva esperanza puesta en la revelación del Dios Amor que será nuestra felicidad”).

Es el hombre en su totalidad el que accede a esta bienaventuranza

El deseo del bien no puede ser saciado definitivamente en esta vida

Santo Tomás afirma que la beatitud perfecta no quita que se dé en esta vida también una beatitud imperfecta, la cual requiere que se den los bienes suficientes para las operaciones de la vida actual¹⁰⁴. Pero el deseo del bien no puede ser saciado definitivamente en esta vida.

CONCLUSIÓN

Entre la consecución del Bien Absoluto, la beatitud, y la vida moral concreta existe un lazo intrínseco de unión. El hombre no puede llegar a ser verdaderamente feliz si no es capaz de renunciar a ciertas felicidades inmediatas y si no es capaz de amar desinteresadamente el Bien por él mismo. Sin embargo, no debe entenderse la felicidad como el efecto obligado, natural de una vida virtuosa sino más bien como la recompensa y coronación de ella. Por eso la beatitud no es como la zanahoria puesta frente al asno para hacerlo avanzar ya que ella conlleva una superabundancia de gratuidad¹⁰⁵.

SÍNTESIS

- La moralidad en cuanto orden sólo se explica en vistas al fin del hombre.
- Como toda realidad natural el hombre se orienta a un fin, pero su orientación supone conocimiento y libertad.
- El fin de un acto humano puede ser medio con respecto a otro fin ulterior, pero no es posible que sólo haya fines intermedios.
- Debe existir un fin *último*.
- El fin último del hombre es la felicidad.
- La felicidad *natural* consiste en el máximo conocimiento y amor naturales de Dios.
- La felicidad *sobrenatural* radica objetivamente en Dios, único Bien Infinito y subjetivamente en una “visión” amorosa del mismo (visión beatífica).

¹⁰⁴ L. Castellani sostiene, en su comentario a la cuestión acerca de lo que es la felicidad en la *Suma Teológica*, que: “Esta distinción entre felicidad perfecta e imperfecta es propia de Santo Tomás y no se encuentra en Aristóteles (...). Pero de la *Ética a Nicómaco* se levanta una gran perplejidad o *aporía* porque parecería que la felicidad es casi inaccesible al hombre, excepto muy pocos, y por tanto que la natural apetición de ella, invencible en nosotros, sería frustránea. Pero el sentimiento religioso constituye una especie de atajo o puente a la contemplación, añadió Plotino; y la revelación cristiana descubrió la ayuda de la *gracia* (...). La felicidad perfecta del hombre es una total asunción de su intelecto a lo divino, y no se cumple plenamente sino en la otra vida. Pero en esta vida es posible una participación más o menos alta del don beatificante, que se podría catalogar así: contemplación del santo, contemplación del metafísico, contemplación del artista, contemplación del hombre de acción; y, por último, la modesta contemplación del hombre de bien, que es una mezcla de las otras, actuando de fundante la religiosidad, sin cuya intervención, al menos focal, también las otras formas puras caducan. En todas ellas se da una cierta realización de lo que Ludwig Klages llama “el júbilo de la visión creadora”, denominación tomada más bien de la contemplación del artista”. Club de Lectores, p. 67.

¹⁰⁵ Cfr. Léonard, A., *Le fondement de la morale*, op. cit., pp. 339-347.

ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE

- 1.- Relacione la existencia de finalidad en toda realidad con el carácter de *creaturidad* del mundo (Cfr. lo desarrollado en la Unidad II a propósito de los *Fundamentos metafísicos del orden moral*).
- 2.- Investigue en el libro I de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles cuáles son los cuatro tipos de vida que el Filósofo distingue tomando como parámetro los posibles bienes en que algunos creen hallar la felicidad.
- 3.- “¿Somos libres de querer o no la felicidad? No. El deseo del bien y de la felicidad es natural. En este sentido el fin último se nos impone”. Justifique, desde el punto de vista antropológico, esta necesidad natural. ¿Implica esto “determinismo”? (Cfr. lo desarrollado en la Unidad II a propósito de los *Fundamentos antropológicos del orden moral*).
- 4.- Enumere las razones por las cuales el “poder” no puede constituir el supremo bien para el hombre.
- 5.- Confeccione un cuadro de los posibles bienes en que podría hallarse la felicidad (siguiendo la enumeración de Santo Tomás) marcando, al menos, una causa de por qué no constituyen el objeto de la felicidad suprema.
- 5.- Señale cuáles de estas notas corresponden al Bien Supremo, objeto de la Felicidad: “plenamente saturante”; “perfecto”; “inalcanzable”; “trascendente”; “útil”; “finito”; “creado”; “intramundano”; “sensiblemente placentero”; “corpóreo”; “mudable”; “absoluto”; “eterno”.
- 6.- Argumente por qué la beatitud subjetiva ni puede consistir en un conocimiento de Dios de tipo *vulgar*, ni *científico* ni por *fe*.

Estas actividades de aprendizaje que le proponemos son una guía para la reflexión, relación, comprensión y análisis de los temas desarrollados en esta unidad.

AUTOEVALUACIÓN

**Seleccione la
respuesta
correcta y
luego verifique
las claves de
autoevaluación
al final del
módulo**

Pregunta 1: **¿Todo tiene realmente un fin?**

- a) Sólo las cosas artificiales, producidas por el hombre, tienen un fin.
- b) Sólo las realidades naturales tienen fin.
- c) Sí, porque el mundo es un cosmos, un orden explicable por un fin inteligible.
- d) No, el fin lo inventamos a voluntad los seres humanos.

Pregunta 2: **¿Qué es un fin?**

- a) Es la utilidad de una cosa.
- b) Es aquello que produce una cosa.
- c) Es aquello en vistas de lo cual una cosa se hace.
- d) Es lo que el hombre determina en toda realidad.

Pregunta 3: **¿Cuál es la especificidad del obrar por un fin en el hombre?**

- a) Que el hombre se mueve a sí mismo en vistas de un fin.
- b) Que el hombre puede elegir absolutamente todos sus fines.
- c) Que el hombre no puede conocer el fin que explica todos sus actos.
- d) Que para el hombre el fin es lo que él determina como necesario.

Pregunta 4: **Fin último natural y fin último sobrenatural.**

- a) Sólo existe un fin último y es en el orden natural.
- b) Sólo existe un fin último y es en el orden sobrenatural.
- c) Existen ambos fines pero totalmente independientes.
- d) El fin último natural se subordina al sobrenatural.

Pregunta 5: **¿Cómo se relacionan la felicidad y la libertad humanas?**

- a) Libremente el hombre elige si quiere o no ser feliz.
- b) No podemos elegir nada relacionado con la felicidad.
- c) Querer ser feliz no es cuestión de libre decisión.
- d) La existencia de un deseo necesario de felicidad total demuestra que en realidad el hombre no es libre.

Pregunta 6: **¿En qué consiste la felicidad natural del hombre?**

- a) En una visión directa de Dios.
- b) En una realización plena en esta vida.
- c) En la satisfacción de todos sus deseos terrenales.
- d) En una participación formal en la gloria de Dios.

Pregunta 7: **¿En qué objeto reside la verdadera y definitiva *beatitud*?**

- a) En el único Bien Absoluto.
- b) En la vida virtuosa.
- c) En la sabiduría.
- d) En la suma de todos los bienes creados.

Pregunta 8: **¿Cómo se realiza *subjetivamente* la *beatitud*?**

- a) Por un acto de virtud.
- b) Por un acto de visión amorosa de Dios.
- c) Por un acto primordialmente de voluntad.
- d) Por un acto de fe en Dios.

Pregunta 9: **¿Puede el hombre *naturalmente* alcanzar semejante *bienaventuranza*?**

- a) Sí, el hombre por sí solo es capaz de contemplar a Dios cara a cara.
- b) No, ya que esta visión va en contra de su naturaleza.
- c) No, necesita ser elevado por la luz de la gloria.
- d) No, necesita la luz de la fe.

Pregunta 10: **Felicidad y felicidades.**

- a) La felicidad perfecta excluye cualquier tipo de felicidad imperfecta.
- b) Las felicidades llevan necesariamente a la felicidad definitiva.
- c) La felicidad definitiva no excluye las felicidades terrenales.
- d) Si en esta vida se satisfacen los deseos naturales, ya no se necesita de otra felicidad.

TEXTO-FUENTE

Lea atentamente el texto que le proponemos siguiendo la guía que facilitará su interpretación. Posteriormente realice las actividades propuestas.

- Santo Tomás de Aquino, *Suma contra los gentiles*, l. III, c. III.

TODO AGENTE OBRA POR UN BIEN

Además, se ha de demostrar que todo agente obra por un bien. Ya hemos probado que todo agente obra por un fin, porque obra por algo determinado. Más aquello a lo que el agente tiende determinadamente es, sin duda alguna, algo que le conviene; de lo contrario, no tendería hacia ello. Y como lo que conviene a uno es su propio bien, síguese que todo agente obra por un bien.

Fin es todo lo que aquieta la aspiración del agente o motor y del móvil. Pero el aquietar tal aspiración es propio del bien, dado que *bien es lo que todo ser apetece*. Luego toda acción y todo movimiento van dirigidos a un bien.

Tanto la acción como el movimiento parecen estar ordenados de alguna manera al ser, ya para conservarlo específica o individualmente, ya para adquirirlo de nuevo.

Ahora bien, todo lo que es ser es bueno. Por eso todas las cosas aspiran al ser. Por lo tanto, toda acción y todo movimiento se dirigen a un bien.

Toda acción y todo movimiento tienden a una perfección determinada. Si, pues, el fin de la acción es ella misma, evidentemente será una segunda perfección del agente; pero, si la acción es un cambio de la materia exterior, entonces vemos que el motor tiende a introducir una nueva perfección en la cosa movida, a la cual tiende también el móvil, si el movimiento es natural. Es así que llamamos bien a lo perfecto. Por consiguiente, toda acción y todo movimiento tienden a un bien.

Todo agente obra en cuanto está en acto, y, al obrar, tiende hacia un ser semejante a sí y, por tanto, hacia un acto. Más todo acto tiene razón de bien, pues el mal solo se da en lo que, por no estar en acto, está en potencia. Luego toda acción tiende hacia un bien.

Quien obra intelectualmente, obra como

predeterminándose el fin; mas el agente natural, aún cuando obre por el fin, según hemos probado, no se lo predetermina, puesto que no lo conoce, y así, obra por un fin que otro le ha propuesto. Ahora bien, quien obra intelectualmente, no se predetermina el fin sino bajo la razón de bien, porque lo inteligible no mueve sino bajo dicha razón de bien, el cual es el objeto de la voluntad. Luego el agente natural ni es movido ni obra por otro fin que no sea un bien, puesto que el fin le ha sido determinado por otra potencia. En consecuencia, todo agente obra por un bien.

La misma razón explica la huída del mal y la búsqueda del bien, como el alejamiento de abajo y el lanzamiento hacia arriba. Mas todos los seres huyen del mal; pues los dotados de entendimiento, si huyen de algo, es porque lo aprehenden como malo; y los que obran por tendencia natural resisten cuanto pueden a la corrupción, que es un mal para todos. Luego todas las cosas obran por un bien.

Decimos que una cosa ocurre por casualidad o por azar cuando procede de la acción de un agente al margen de su intención. Pero en las obras de la naturaleza vemos que siempre o casi siempre ocurre lo mejor, como sucede en las plantas, cuyas hojas están de tal manera dispuestas que protegen el fruto, y como ocurre en la disposición en las partes del animal, aptas para que éste se defienda. Si esto sucediera sin intentarlo el agente natural, habría de proceder de la casualidad o del azar. Lo cual es imposible, porque lo que ocurre siempre o de ordinario, no es casual ni fortuito; lo que ocurre rara vez, sí lo es. El agente natural tiende, pues, hacia lo mejor, y con mayor razón el que obra intelectualmente. Luego todo agente tiende, al obrar, hacia el bien.

Todo móvil es conducido al fin por el motor y el agente. Es, pues, preciso que el motor y lo movido tiendan hacia el mismo término; pues lo que es movido, como quiera que está en potencia, tiende al acto y, por tanto, a lo perfecto y al bien, porque por

el movimiento pasa de la potencia al acto. Luego el agente y el motor, cuando obran y mueven, lo hacen siempre por un bien.

De aquí que los filósofos, al definir el bien, dijeron: *bien es lo que todo ser apeteece*. Y Dionisio dice que *todos los seres apetecen lo bueno y lo óptimo*.

A) GUÍA DE LECTURA

- 1.- El fin determinado al que tiende un agente debe convenirle (fin=bien).
- 2.- El bien como término del apetito.
- 3.- La ordenación de las acciones al ser significa ordenación al bien (ser=bien).
- 4.- La búsqueda de una perfección en las acciones significa la búsqueda de un bien (perfección=bien).
- 5.- La tendencia al acto en las acciones (todo acto incluye la noción de bien).
- 6.- La determinación de un fin para sí mismo bajo el aspecto de bien en los seres con entendimiento.
- 7.- El fin en cuanto bueno mueve a actuar al agente que obra por naturaleza.
- 8.- La huida del mal en todos los agentes.
- 9.- La imposibilidad que se da siempre el acaso o la casualidad en las acciones de un agente.
- 10.- La tendencia a un bien en la causa motriz y el agente que obra.
- 11.- La definición del bien de los filósofos (Aristóteles).

B) ACTIVIDAD

- 1.- Santo Tomás de Aquino sostiene insistentemente que *“lo que le conviene a uno es su bien”*. Tras lo presentado acerca de la naturaleza de la persona, como fundamento para el orden moral, ¿cómo explica usted que no todos actúen buscando lo que auténticamente les conviene?
- 2.- Relacione las siguientes afirmaciones de Santo Tomás:
 - a) *“todo lo que es ser es bueno”*, con lo desarrollado en los Fundamentos Metafísicos del orden moral en la Unidad II.
 - b) *“lo inteligible no mueve sino bajo dicha razón de bien, el cual es el objeto de la voluntad”* con lo desarrollado en los Fundamentos Antropológicos del orden moral en la Unidad II.
 - c) *“los filósofos, al definir el bien, dijeron: bien es lo que todo ser apeteece”* con el Texto-fuente de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles correspondiente a la Unidad I.
- 3.- ¿Pueden los diferentes tipos de bienes finitos (que hemos presentado en el Texto-apunte) presentarse como fines intermedios con respecto al fin o bien último del hombre?
- 4.- ¿Qué explicación daría usted acerca de la imposibilidad de que sea “puro azar” la tendencia a un bien en todo actuar, sea de un agente natural o intelectual?

BIBLIOGRAFÍA

Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, qq.1-5.

Catecismo de la Iglesia Católica, nn.1716-1729; 1762-1775.

Basso, D., *Los fundamentos de la moral*, pp. 56-129.

Rodríguez Luño, A., *Ética*, pp. 59-77.

Royo Marín, A., *Teología moral para seglares*, pp. 16-33.

Simon, R., *Moral*, pp.170-188.